

ELIZABETH GASKELL
CRANFORD

Traducción de Marta Morros





I

NUESTRA SOCIEDAD



En primer lugar, Cranford pertenece a las amazonas; todos los residentes de casas por encima de cierta renta son mujeres. Si un matrimonio llega al pueblo para instalarse, el caballero desaparece por alguna razón; bien porque le aterra el hecho de ser el único hombre en las veladas de Cranford, bien porque su regimiento o barco lo reclaman, o porque se pasa toda la semana dedicado al trabajo en la vecina localidad comercial de Drumble, a tan solo veinte millas en ferrocarril. Es decir, por una razón u otra, en Cranford no hay caballeros. ¿Qué harían allí si los hubiera? El doctor tiene una ronda de treinta millas y duerme en Cranford; pero no todos los hombres pueden ser médicos. Para la poda de los jardines repletos de espléndidas flores y sin malas hierbas que los malogren; para asustar a los chiquillos que observan dichas flores a través de las verjas con melancolía; para ahuyentar a los gansos que se aventuran ocasionalmente a entrar en los jardines cuando las verjas se quedan abiertas; para decidir sobre cuestiones literarias y políticas sin molestarse en ofrecer razones ni argumentos innecesarios; para obtener información clara y precisa de los asuntos de toda la parroquia; para mantener a las pulcras sirvientas en admirable orden; para la generosidad (de algún modo dictatorial) para con los pobres, y mediar entre ellas con delicadeza cuando están afligidas, las señoras de Cranford se bastan solas en gran medida. «Un hombre —me comentó en cierta ocasión una de ellas— ¡molesta tanto en casa!». A pesar de que las señoras de Cranford conocen el modo de proceder del resto, se muestran sumamente indiferentes ante las opiniones de cada una. De hecho, como cada cual tiene su propia individualidad, por no decir

excentricidad, bastante desarrollada, no hay nada más fácil que el contrataque verbal; pero, de algún modo, la buena voluntad reina entre ellas en mayor grado.

Las señoras de Cranford únicamente mantienen alguna que otra pequeña disputa ocasional, encarnada en unas pocas palabras airadas y movimientos enojados de cabeza; lo justo para que sus vidas no se tornen demasiado aburridas. Visten al margen de la moda; según ellas mismas observan: «¿Qué más dará cómo nos vestimos aquí en Cranford, donde todo el mundo nos conoce?». Y si están fuera de casa, su explicación es igual de convincente: «¿Qué más dará cómo nos vistamos aquí, donde nadie nos conoce?». El género de su ropaje es, por lo general, bueno y sencillo, y en su mayoría son todas casi tan escrupulosas como la señorita Tyler, recordada por su pulcritud; pero juraría que las últimas mangas *gigot* y la última enagua ceñida y escueta que se llevó en Inglaterra se vio en Cranford, sin que provocara sonrisa alguna.

Doy fe de un magnífico paraguas familiar de seda roja, bajo el cual una señora soltera, amable y menuda, la que quedaba de muchos hermanos y hermanas, solía ir hasta la iglesia los días de lluvia. ¿Acaso habéis tenido algún paraguas de seda roja en Londres? Se comenta que cuando se vio uno por primera vez en Cranford, las criaturas se precipitaron a su alrededor y dijeron que era «un palo con enaguas». Debía de ser el mismo paraguas de seda que acabo de describir, llevado por un padre fuerte y con el que cubría a un tropel de chiquillos; la pobre mujer —la única superviviente de todos— apenas conseguía sostenerlo.

Después había toda una serie de normas y reglas para las visitas, las cuales se transmitían a cualquier persona joven que pudiera quedarse en el pueblo con la misma solemnidad con que las antiguas leyes de la isla de Man se leían una vez al año en el monte Tinwald.

—Nuestras amigas han preguntado cómo te encuentras esta noche tras el viaje, querida. —Después de un viaje de quince millas en un carruaje de dos caballos—. Mañana podrás descansar, pero pasado ma-

ñana, no me cabe duda de que vendrán a visitarte, así que estate disponible a partir de las doce; nuestras horas de visita son de doce a tres.

Después, posteriormente a la visita...

—Ya han transcurrido tres días; seguro que tu madre ya te lo habrá dicho, querida: nunca debes dejar pasar más de tres días entre que recibes una visita y la devuelves; y esta nunca debe durar más de un cuarto de hora.

—Pero ¿acaso tengo que estar pendiente del reloj? ¿Cómo se supone que debo saber cuándo ha transcurrido un cuarto de hora?

—Ten el tiempo siempre presente, querida, que no se te pase sumida en la conversación.

Como todo el mundo tenía esta regla en la cabeza, siempre que alguien recibía o hacía una visita, como cabe esperar, nunca se hablaba de ningún tema absorbente. Nos limitábamos a charlar sobre asuntos triviales con frases escuetas, para ceñirnos al tiempo.

Me imagino que algunas de las personas respetadas de Cranford eran pobres y tenían ciertas dificultades para llegar a fin de mes; pero parecían espartanas, y ocultaban su amargura detrás de un rostro sonriente. Ninguna de nosotras hablaba de dinero, porque el tema tenía un regusto a comercio y negocios, y, a pesar de que algunas podían ser pobres, todas éramos aristocráticas. Las cranfordianas se caracterizaban por ese amable *esprit de corps* gracias al cual hacían la vista gorda ante todas las carencias cuando alguien intentaba disimular su pobreza. En una ocasión en que la señora Forrester, por ejemplo, dio una fiesta en la casa de muñecas en la que vivía, y la joven doncella hizo levantar a las señoras del sofá con el pretexto de sacar la bandeja de té que había debajo, todas nos tomamos este nuevo modo de proceder como la cosa más natural del mundo, y seguimos hablando sobre formalidades y ceremonias domésticas como si creyéramos que nuestra anfitriona tenía un salón con servicio, una segunda mesa y ama de llaves y mayordomo, en lugar de una única chiquilla proveniente de una institución caritativa, y cuyos cortos y rubicundos brazos nunca habían sido lo suficiente

fuertes para llevar la bandeja al piso de arriba, si no fuera porque su señora la ayudaba en privado. Dicha señora ahora se sentaba toda digna, fingiendo que no sabía qué pasteles iban a llegar, a pesar de que ella sabía, y nosotras sabíamos, y ella sabía que nosotras sabíamos, y nosotras sabíamos que ella sabía que sabíamos que se había pasado toda la mañana atareada haciendo pastitas de té y bizcochitos.

De tal pobreza general que no se reconocía y de tanta gentileza que sí se reconocía, derivaban un par de consecuencias que no eran en absoluto nocivas y que, si se introdujeran en muchos círculos de la sociedad, la mejorarían con creces. Por ejemplo, a las vecinas de Cranford les gustaba recogerse pronto, y a eso de las nueve de la noche regresaban a casa con sus zuecos repiqueteantes, guiadas por alguien que las alumbraba con un farol; y toda la localidad yacía dormida en la cama a las diez y media. Además, se consideraba «vulgar» (una palabra horrible en Cranford) ofrecer cualquier cosa cara, ya fuera de comer o de beber, durante las recepciones vespertinas. Todo lo que la honorable señora Jamieson daba eran finas rebanadas de pan con mantequilla y bizcochitos; y eso que era cuñada del difunto conde de Glenmire, pero ella practicaba la «economía elegante».

«¡Economía elegante!». ¡Con qué naturalidad cae una en la fraseología de Cranford! Allí, la economía siempre era «elegante», y gastar dinero, «vulgar y ostentoso»; una especie de actitud aguafiestas que nos hacía sentir satisfechas y en paz. Jamás olvidaré la consternación que sentí el día en que un tal capitán Brown vino a vivir a Cranford y manifestó abiertamente que era pobre; no en sordina a un amigo íntimo, habiendo cerrado previamente las puertas y ventanas, ¡sino en medio de la calle! ¡Con un vozarrón militar! Alegaba no quedarse con cierta casa debido a su pobreza.